

UN RECUERDO PEQUEÑO
PARA UN HOMBRE GRANDE

por Olga de León de Padrón.

UN RECUERDO PEQUEÑO PARA UN HOMBRE GRANDE

por
Olga
DE LEON DE PADRON

Dentro del trágico saldo de vidas segadas por las balas asesinas del 7 de setiembre último, hubimos de contar la cifra de un valioso profesional de la docencia y mejor amigo, **J. A. Román Valecillos**, Profesor de Educación Secundaria y Educación Normal, de la Especialidad de Castellano, Literatura y Latín, perteneciente a la Promoción "Lisandro Alvarado" (1948).

A su memoria, a título de emocionado homenaje, este "BOLETIN" inserta a continuación una página, escrita al calor de la primera impresión que produjo la noticia de la sensible desaparición de **J. A. Román Valecillos**, de una de sus compañeras de aula en el Instituto Pedagógico, en la que se ponen de relieve algunas facetas de la extraordinaria calidad humana y profesional del colega que rindió su vida dando su mejor lección, la lección de la responsabilidad ciudadana.

(N. de la D.)

En estas primeras horas de la mañana del 7 de setiembre de 1958, la voz de un locutor radial nos trae la triste nueva de la trágica muerte de nuestro querido amigo y distinguido colega profesor **J. A. Román Valecillos**.

La noticia ha sido como un dardo dirigido al blanco de nues-

tros más caros afectos, pues fué el profesor Román Valecillos, para nosotros, el centro de nuestra admiración estudiantil, de nuestra fe profesional y, más aún, el objeto de nuestra amistad; amistad que alboró allá por los años de 1942-1943 cuando, desde su puesto de Jurado Examinador y con la aparente severidad de su rostro, nos intimidaba hasta hacernos helar las manos,



helo que pronto se rompía al aflorar a sus labios aquella su sonrisa, tan característica, y surgir la pregunta inteligente: "¿Cómo se encuentra usted, señorita?"; y luego, como quien no le da mucha importancia al asunto, para concluir, un ligero comentario sobre el estado del tiempo o sobre el paisaje que se domina desde el aula donde transcurre el examen. Cuando ya el examinando había superado esos minutos de angustia, comunes en el primer contacto con un Jurado Examinador, proponía la elección del tema. He aquí el punto donde el gran maestro y el hombre bondadoso se juntaba en armoniosa ecuación. El resultado: un examinando triunfante y contento, y algo más, un amigo seguro para el profesor Román Valecillos.

Un poco más tarde, por los años de 1944-1947, tuvimos la oportunidad de aquilatar al profesor Román Valecillos en todos sus valores. Quiso la suerte colocarlo en nuestro camino como compañero de estudios en las aulas del Instituto Pedagógico. Allí, un grupo de muchachas le tomamos tal afecto que llegamos a llamarle, cariñosamente, "papá Román", porque fue él para nosotras como un padre, comprensivo, cordial, y por sobre todo nuestro consejero y guía en la penosa tarea del estudio.

Hoy recordamos con gratitud las veces que nos acompañó a nuestro hogar, cuando un examen nos obligaba a retirarnos demasiado tarde, porque como él decía, "no era conveniente que una jovencita anduviera en la noche, sola, por esas paradas de autobuses". Esto cobra mayor valor a nuestros ojos cuando pensamos que el profesor Román Valecillos no tenía hijos y con este proceder nos concedía, a nosotras, sus compañeras de estudio, el privilegio de esa paternidad que le había negado el destino.

Excusen nuestros lectores lo demasiado personal de estas líneas; pero hemos considerado oportuno que para un acertado juicio sobre el gran hombre que fué el profesor Román Valecillos, no están demás los detalles que contribuyan a un mejor conocimiento de su persona. Por eso nos hemos permitido dedicarle este *pequeño recuerdo* que tal vez para los que no le trataron de cerca, y aún para muchos de sus amigos, sea una reveladora sorpresa.

Sigamos deshojando páginas del calendario y miremos ahora por los años de 1950-1958, cuando desde el Instituto de Previsión y Asistencia Social del Magisterio, el profesor Román Valecillos seguía trazando rumbos para el mejoramiento de la Educación Nacional, procurando a maestros y profesores la solución de muchos de sus problemas económicos, médico-quirúrgicos, etc., en la medida que su cargo se lo permitía. Es de destacar que fue ésta la época de la dictadura, en la cual, para hacer las cosas bien hechas, había que desplegar una rara habilidad y poseer una clara inteligencia —las que poseía Román Valecillos en altísimo grado— pues destacarse era un pecado y proponer mejoras o reformas en los servicios a los poderosos Directores y Ministros era tomado, la mayoría de las veces, como acto de rebeldía, con la consecuente persecución política.

Así pues, si nuestro colega no nos brindó, desde su sitio, todo lo que de él pudimos esperar, no fué suya la culpa. Comprendámoslo y rindamos a su memoria el tributo que se merece.

Siendo como fue el profesor Román Valecillos, alumno del Departamento de Castellano, Literatura y Latín en su paso por el Instituto Pedagógico, cumplimos un deber de lealtad para con el compañero y el amigo al ofrendar a su memoria este homenaje que hemos titulado —lo repetimos una vez más— un pequeño recuerdo, pues es sólo eso.